

El Rvdmo. P. Maestro Fr. Eustasio Esteban, Prior General de la Orden de San Agustín (1860-1945)

POR

LOPE CILLERUELO, O. S. A.

CAPITULO XV (*)

Procurador General (1920-1926)

Elegido Procurador General, sin dejar de ser *Ecónomo* interino, Postulador y colaborador de la *Analecía*, nuevos problemas empezaron a preocuparle en alto grado: las *Constituciones de la Orden* y la publicación de una *Historia de la Liturgia de la Orden*, la revisión y aprobación de un *Sumario de indulgencias para los Terciarios y Cinturados* y un *Indice de los privilegios de la Orden*. Las circunstancias eran para él sumamente delicadas, ya que el P. General Giacchetti por su poca salud se veía obligado con frecuencia a buscar los aires nativos de Nápoles para atenderla. Primero fue una ausencia. Al año siguiente volvió el P. General a encargarle del gobierno para retirarse a Nápoles, y al fin le anunció que estaba decidido a renunciar el cargo y solicitaba su consejo. El P. Esteban rehuyó dar ese consejo directo, puesto que en caso de renuncia, recaía sobre él la responsabilidad del gobierno. Se limitó a aconsejarle que se atuviese a las normas de un buen confesor. Al fin, la S. Congregación

(*) Véase «ARCHIVO AGUSTINIANO», enero-abril, págs. 23-40

aceptó la renuncia del P. Giachetti y he aquí cómo de pronto el P. Esteban se encontró al frente de la Orden como Vicario General hasta el próximo Capítulo, que había de celebrarse en 1925. La S. Congregación de Religiosos de la que era Consultor, le dejó en libertad, no enviándole ya más asuntos *pro informatione et voto*.

La obra de las nuevas *Constituciones* de la Orden le competía a él en primer término, por ser ahora el director y el más experto de la Comisión nombrada al efecto. Ya antes de la renuncia del P. Giacchetti empezó a preparar el esquema de las mismas, deseando discutir las al modo como se había trabajado en el Primer Congreso Católico del Perú y en la Codificación del Derecho Canónico. En cuanto tuvo enteramente preparado el esquema, se apresuró a enviarlo a todas las Provincias y Congregaciones, pidiendo que todos hiciesen las advertencias oportunas y nombrando una Comisión que revisara y corrigiera el esquema en conformidad con las advertencias presentadas. Pero él mismo iba ejecutando esa labor, retocando su obra a medida que recibía nuevas observaciones. Solicitó de la S. Sede una prórroga del tiempo de aprobación y volvió a enviar los ejemplares retocados, pidiendo nuevas advertencias y encargando de presentarlas a los Capitulares que habían de venir al Capítulo de 1925. El mismo fue presentando a la Comisión las advertencias recibidas y en muy pocas sesiones aquella acabó su tarea y las nuevas *Constituciones* quedaron corregidas y luego aprobadas.

Hacía mucho tiempo, ya desde sus años de estudiante en el Apolinar, que estaba muy preocupado por la pobreza y desunión de las Provincias italianas; no estaba conforme con que el P. General, en lugar de recibir ayuda de ellas, tuviera que apoyarlas económicamente. Mientras fue Vicario eventual, dio ya en una circular un plan completo de reorganización, dedicado especialmente a la mejor preparación de la juventud. Constituido Vicario General, dirigió otra circular en el mismo sentido. Y como varios

Provinciales no se conformaban con el proyecto, convocó a todos a una reunión en el Colegio Internacional de Santa Mónica. De aquella reunión salió un nuevo plan que mejoró notablemente la preparación de los jóvenes. No se logró, sin embargo, alcanzar la apetecida unión de las Provincias italianas.

La obra de preparación de los libros litúrgicos de la Orden le siguió preocupando. Encargó el P. Kunselman el *canto litúrgico de los Propios de la Orden* y el trabajo pudo publicarse en 1926. No obtuvo éxito al encargar al P. Perea el *Ceremonial* de la Orden, pues el P. Perea no pudo realizar su cometido y quedó sin hacer ese libro para redondear la obra completa de renovación litúrgica. Intentó hacer aprobar el *Sumario de Indulgencias* de la Orden, que con la guerra había quedado en suspenso. La S. Congregación exigió que se sometiese a nuevo examen. Hubo que revisar todos los documentos y a cada indulgencia del Sumario hubo que añadir la cita del documento correspondiente que la garantizaba y presentar todos los documentos ordenados. Al fin, la S. Penitenciaría dio su aprobación al Sumario el 15 de noviembre de 1924. Fue traducido al español y al francés.

Su atención se dirigió también al Colegio Internacional y a su Archivo, tan importante y tan difícil de consultar, como él lo había experimentado durante tantos años. Cuando el P. Winfrido Hümpfner vino a Roma a consultar ese archivo, para estudiar la historia de la Orden en Alemania, aprovechó el P. Eustasio la oportunidad para encargarle del Archivo y Biblioteca de la casa Generalicia, animándole al mismo tiempo a obtener un grado académico; efectivamente, obtuvo el doctorado por la universidad de Würzburg y trabajó con abnegación y éxito en ordenar el Archivo. Mediante circulares invitó luego el P. General a todos los Provinciales a enviar estudiantes y profesores, aunque no halló en ellos suficiente desprendimiento para su obra. Desde 1900 no se había vuelto a

imprimir el *Catálogo* de los religiosos de la Orden, y así imprimió uno nuevo que le sirviera para la Relación Quinquenal, que había de presentar a la S. Congregación de religiosos sobre el estado de la Orden. Dividió su relación en dos partes, presentando en la primera una Historia de la Orden de Ermitaños de S. Agustín y su legislación al través de los tiempos, y en la segunda el estado actual, incluyendo a las Monjas y a la Orden Tercera. Añadía además un Apéndice sobre los Recoletos o Descalzos.

Otra gran obra reclamaba su interés. Con motivo de la Exposición Misional Vaticana, el P. Eustasio quiso mostrar en el corazón de la Cristiandad la labor de su Provincia de Filipinas principalmente. Para eso hizo venir a Roma al P. Aguado como organizador de la Sección Agustiniense. La obra misional de su Provincia estuvo grandiosamente representada y fue tal el eco y el agrado que despertó, que casi todas las muestras presentadas fueron luego seleccionadas para figurar en el Museo Lateranense, mientras algunas quedaron definitivamente incorporadas a la Biblioteca Misional del Palacio de Letrán, para lo cual la Provincia de Filipinas se desprendió generosamente de ellas en honor al P. Eustasio y a su invitación.

Durante esta época el entusiasmo misional se apoderó de él. Orgulloso de la obra de su Provincia, se ofreció a cooperar para llevar a China monjas españolas. Presentó las peticiones a la S. Congregación de Propaganda, que fueron muy bien acogidas, y se firmó y aprobó el contrato. Publicó en la *Analecta* el Decreto en ese año 1925. Cuatro Agustinas Terciarias de la enseñanza zarparon de Barcelona rumbo a China. Aprovechó esa excelente ocasión para encargar a los Superiores el fomentar en la misión las vocaciones de hombres y mujeres nacionales, como garantía de estabilidad del Cristianismo y de la misma Provincia de Filipinas. Enterado de que el P. Matías Chang, que toda su vida había trabajado al lado de nuestros misioneros, deseaba ser agustino y no lo era por

carecer la Provincia de una Casa Noviciado, presentó el caso a la S. Congregación de Religiosos y solicitó todas las dispensas oportunas para que pudiera ingresar en la Orden. La S. Congregación se contentó con exigir tres meses de Noviciado en cualquier casa de la Orden, en las condiciones que fueran posibles en el Vicariato. Recordaba luego el P. Eustasio con emoción que el ejemplo del buen P. Matías Chang había sido sin duda un gran factor que trajo a los PP. Agustinos buenas vocaciones de naturales chinos.

Llegaba por fin el Capítulo General. El P. Eustasio tenía todo preparado en cuanto a la observancia, disciplina, y perfecta vida común, que habían de ser bien aseguradas en ese Capítulo. Aunque los votos de los Capitulares le tenían sin cuidado, resultó elegido General de la Orden. Pero antes de empezar sus funciones, durante la misma votación, tuvo una sorpresa hartos desagradable. El Cardenal Vannutelli, con quien anteriormente se había relacionado muy afectuosamente, se presentó de pronto para protestar de que la Orden de S. Agustín concurría a levantar una basílica a Sta. Rita, después de haberse negado a concurrir a la construcción de la Basílica de la Paz, de Ostia, de la que Mons. Vannutelli era obispo como Decano del Colegio Cardenalicio. El P. Eustasio sabía muy bien que esta basílica era en el proyecto una Basílica de Sta. Mónica, como lo deseaba la Orden, pero no lo mencionó. Se contentó con advertir a Monseñor que la Orden no concurría a levantar la Basílica de Sta. Rita, pero no podía impedir a los fieles el hacer una colecta para la Santa. Sabía también que el enfado del Cardenal provenía de no haberse atendido convenientemente los intereses de unos sobrinos de Monseñor que habían levantado en Ostia una fábrica de ladrillos, al saber que el Municipio de Roma iba a urbanizar toda la playa de Ostia. El Sr. Cardenal amenazó con entregar la Basílica a otro Instituto Religioso, como lo cumplió. Reclamó el P. Eustasio, sien-

do General, el dinero ofrecido por la Orden para la construcción. Así estaba estipulado en el contrato para el caso que los agustinos no pudiesen hacerse cargo de la Basílica. El Sr. Cardenal se obstinó en no contestar a los requerimientos, pero su sucesor restituyó poco a poco a la Orden los intereses demandados.

En cuanto el P. Eustasio, apenas se vio nombrado General, procedió a la presentación de candidatos colaboradores en su obra de gobierno con la más absoluta independencia, «atendiendo tan solo a la mayor gloria de Dios y a la justicia distributiva», y al momento organizó la Visita General: quería ver con sus propios ojos que se observaban religiosamente en todas partes las Nuevas Constituciones.

CAPITULO XVI

General de la Orden (1926-1931)

En la misma Circular en que comunicaba a la Orden su nombramiento, anunciaba para el año 1930 la celebración solemne del Centenario de la muerte de N. P. S. Agustín, invitando a todos a prepararse, especialmente con la oración y ejemplo de buena vida, para renovar las glorias de la Orden, remitiéndose a una circular ulterior en que puntualizaría algunas cosas. Erigió la Viceprovincia de Filadelfia en Estados Unidos, hoy es ya Provincia independiente, y nombró Provincial para Polonia. Organizó también el impulso que quería dar a las asociaciones piadosas radicadas en la Iglesia matriz de S. Agustín de Roma.

Abrió la Visita Regular por las Provincias italianas, que fueron visitadas desde Malta a Pavía. Aquí deploró el estado lamentable de la comunidad, que no tenía conciencia del puesto que la Providencia le entregaba, en contraste con las honras espléndidas que Dominicos y Fran-

ciscanos tributaban a sus santos Fundadores, haciendo la guardia a sus despojos mortales. Trató de poner remedio a aquella triste situación, haciendo que las reliquias de S. Agustín fuesen convenientemente honradas y diesen a la Orden una nueva vida, pero no fué todavía comprendido por nadie y sus soluciones fueron finalmente desechadas después de un malogrado ensayo de remedio, para volver toda la inercia a su antiguo y poco honroso cauce. Al fin de la Visita recomendó calurosamente a las Provincias italianas la práctica sincera y noble de la vida común y el esmero en la formación de la juventud.

Abierta la Visita en la segunda Asistencia de la Orden, empezó por España. La S. Congregación de Religiosos había ordenado la división de la Provincia de Filipinas como remate de una serie de tensiones internas y había dado al P. Eustasio instrucciones verbales acerca de las Viceprovincias de América encomendadas a la tutela de dicha Provincia. También en la Provincia de Filipinas fermentó la levadura del P. Cámara después de separarse de ella la Provincia Matritense con los elementos intelectuales. Se habían emprendido carreras universitarias, se habían aceptado Colegios, se habían creado nuevas necesidades, era preciso distribuir el personal conforme a nuevas normas, puesto que los principios, que llevaron a la primera división de la Provincia, seguían en vigor. Otra vez surgió entre las Misiones y los Colegios la tensión amenazadora. La opinión favorable a los Colegios iba adquiriendo cada día más fuerza y extensión, según los estudiantes más selectos se iban dedicando a la enseñanza. Se llegó fatalmente a declarar que «el fin primordial de la Provincia de Filipinas era la enseñanza». Y entonces, lo mismo que la vez primera vino la reacción de los «misioneros» preteridos, que alegaban el personal deficiente reservado para las Misiones, a pesar de que todos los religiosos seguían haciendo en la profesión el juramento de pasar a las Misiones. Cuando el P. Eustasio

hubo de exponer a Pío XI, «Papa de las Misiones», este estado de cosas, el Papa manifestó sus desagrado ante el hecho de que una Provincia misional, tan gloriosa en la Historia, renunciase a sus brillantes glorias y cambiase el rumbo hacia una enseñanza oscura y bastante problemática. El mismo Papa sugirió la división y encargó al Padre Esteban que enviase a la S. Congregación de Religiosos un informe favorable a tal división, deseada tanto por las Misiones como por los Colegios. Cuando el P. Eustasio llegó al Capítulo Provincial de Filipinas anunció el Decreto de la S. Congregación. Pero, independientemente de Roma, la mayoría de los votos de los Capitulares se inclinó a favor de esa división. Así nació en ese año de 1926 la «Provincia del Smo. Nombre de Jesús de España.»

La Visita General continuó por Suramérica, empezando por el Brasil y continuándose por Chile, Argentina, Perú, Ecuador y Colombia.

Al fin, al pasar por Lima, pudo realizar el sueño social que más había acariciado durante toda su vida: la erección canónica de las «Hijas del Salvador». Bien documentado acerca de las nuevas leyes eclesiásticas, invitó al Sr. Arzobispo de Lima a dar el decreto de erección, mientras él por su parte las admitía como Terciarias en la Orden de S. Agustín. Estaba ausente el Sr. Arzobispo y hubo de comenzar sus trámites con el Sr. Vicario General y con el Promotor de Justicia, para continuarlos con el Sr. Arzobispo, apenas llegó éste a Lima. Aparte la larga Exposición que presentó sobre la historia y naturaleza del Instituto, hubo de arreglar cuantos obstáculos se podían oponer a la erección canónica, resolviendo mil dificultades de la vida cotidiana. Por fin el 7 de Abril de 1927 el Sr. Arzobispo firmó el Decreto, delegando en el mismo P. Eustasio sus facultades para organizar el nuevo Instituto. Usando esas facultades, reorganizó totalmente la Congregación, que empezó una nueva vida más desahogada que en los terribles tiempos antiguos. Vamos a dar

algún detalle, para que el lector se haga una idea de las dificultades que entrañaba una tal visita. Al pasar del Perú a Colombia, alguien le aconsejó que se embarcara en Buenaventura, como vía más fácil y corta para llegar a Bogotá... Quien le dió semejante consejo sabía por la prensa que existía un ferrocarril de Buenaventura a la capital. Pero esa vía férrea era solo un proyecto. El P. Eustasio y sus acompañantes hubieron de emplear tres días a caballo para atravesar el Quindío, ya famoso en toda la América y hasta en la literatura universal. La aventura sirvió para demostrar una vez más la santidad del Padre General y su amor a la Orden. El guía que me narra esta aventura, no le oyó en todo el camino la más mínima queja, ni la exigencia de la más pequeña comodidad. Ni siquiera se avino a tomar el baño que en tales ocasiones se consideraba como absolutamente necesario. Se resignó a que el agua helada y silenciosa que cae de las nubes le calara hasta los huesos por no saber manejar el «encauchado» o impermeable del país. Porque con el encauchado corría el peligro de ser arrancado de la montura por el viento al borde de unos precipicios que a veces llegan hasta los mil metros y por un sendero que no permite el cruce de dos jinetes en sentido contrario, ya que era la primera vez que el Padre montaba a caballo. Durante largas distancias las bestias habían de caminar con el lodo a la cincha. En estas condiciones tuvieron los caminantes que subir a los 4.000 metros sobre el nivel del mar para volver a bajar a la llanura. En el camino (El Espinal) los Padres Recoletos le presentaron sus homenajes y le invitaron a detenerse y descansar, pues aparecía agotado. Pero se limitó a decir que le urgía el tiempo y continuó sin detenerse su viaje hasta Bogotá. Durante tan largo y penoso viaje, todas sus dificultades se redujeron a al empeño que manifestó de celebrar la Sta. Misa, cuando no había ni elementos para ello, ni tiempo que distraer, ya que estaban medidas las jornadas y hasta el paso a que

debían ajustarse los no acostumbrados a la cinégetica. Lo único que dijo, al fin de la aventura fue: «bendito sea Dios, que nos ha sacado con bien de tantos peligros». Y cuando a su llegada a Bogotá salió a recibirle el Vicario General de la Archidiócesis y empezó a hacer grandes ponderaciones de la tragedia del viaje, el P. Eustasio se limitó a decir: «en medio de todo, hemos tenido una gran fortuna, ya que el guía entiende muy bien la aguja de marear; cuando había peligro, nos cantaba *canciones piadosas*». «¿Piadosas?» protestó el P. Asistente General. «Diga usted picarescas, Padre». El P. Eustasio se reía bondosamente, como si se tratase de una aventura de chiquillos.

De vuelta a Roma, subió al norte de Europa para girar la Visita por Polonia, Checoslovaquia, Alemania, Bélgica y Holanda. Vuelto a Italia, volvió a zarpar rumbo a China, aunque la revolución no le permitió visitar las Misiones como era su deseo, y hubo de limitarse a recibir en Sanghai las visitas e informaciones sobre el estado personal, disciplinar y económico del Vicariato. Bajó a Filipinas y, con el corazón emocionado por los recuerdos históricos y por la lectura de tantas glorias de su ilustre Provincia, dirigió unas pocas y sublimes palabras a sus hermanos, que le recibieron con una solemnidad pocas veces vista. «Mucho he deseado, les dijo, venir a estas Islas, y juramento tenía hecho de venir a ellas a la menor indicación de mis Superiores. Pero ahora me he impuesto yo mismo este mandato. Quiero decir mi primera misa en la iglesia de Agustinos de Cebú, ante la imagen milagrosa del Santo Niño que en ella se venera y es titular de la Provincia, de la que soy hijo, aunque indigno, ante la cual imagen (en Valladolid) tomé el santo hábito y viví varios años de mi juventud... Y podeis calcular con qué intenciones la celebraré»... Recorrió emocionado todas las casas y los Superiores le ofrecieron 2.500 dólares para la publicación de la *Miscellanea Agostiniana*, que había encarga-

do al P. Casamasa para el Centenario de S. Agustín, y de la que ya iba haciendo propaganda.

Desde Filipinas embarcó rumbo a Australia y allí visitó todas las casas de la Provincia de Irlanda, para embarcarse de nuevo hacia los Estados Unidos. También los Superiores de la Provincia Estadounidense le dieron 2500 dólares para su *Miscellanea*. Después visitó Cuba y Puerto Rico, subió al Canadá para orientar la causa de beatificación de la V. Catalina de Quebec, de las Agustinas Hospitalarias, y luego zarpó rumbo a Irlanda. También los Irlandeses le ofrecieron 150 libras esterlinas para la *Miscellanea*. Al pasar por Francia hizo varias gestiones para el asentamiento y restauración de la Orden en Francia, pero sus ilusiones, lo mismo que las del bendito P. Merlin, se frustraron una vez más. Todavía atravesó España para ir a Italia y recogió 10.000 pts. de la Provincia Nueva y otras 5.000 de la Matritense para la *Miscellanea* (1).

En Roma tuvo que demostrar una vez más su caballerosidad con dos pobres almas desamparadas que trataban de orientarse en un negro círculo de dificultades. La primera era la M. Soledad del Smo. Sacramento, de Betelu (Navarra), que en 1925 vino a visitarlo a Roma, pidiendo que le acompañase para servir de intérprete ante el Cardenal Laurenti, Prefecto de la Congregación de Religiosos. El Padre le advirtió que el Cardenal tenía que dar su consentimiento antes que nada, pero al verla tímida y sin persona que le aconsejase, se compadeció de ella. Comprendió que sus confesores no la habían aconsejado bien, al aprobar y dejar poner en práctica proyectos todavía incompletos y no bien definidos, y le dio algunos consejos además de servirle de intérprete. Ella en pago le anunció que sería elegido Superior general en el próximo

(1) A propósito de esa *Miscellanea* Agustiniiana, dijo el P. Casamasa que el P. Eustasio era uno de los grandes Generales que ha tenido la Orden. Su frase literal era: «Esteban era un fiore dei grandi nomini».

Capítulo de 1925, y que el Señor proveería algo para las «Hijas del Smo Salvador.» En Agosto devolvió la visita a M. Soledad en Betelu mismo, dejándole algunas limosnas. Cuando el P. Eustasio volvió a Roma y dejó de ser General, ella continuó remitiéndole instancias para que las presentase a la S. Congregación de Religiosos con el fin de que aprobase sus fundaciones. El P. Eustasio, que ya no hacía nada sin permiso del nuevo P. General, fué autorizado por éste para encargarse del asunto. Disuadió por lo pronto a M. Soledad de venir a Roma, como era su deseo, y le expresó que si se sentía segura de que el Señor quería comunicar algo al Papa por medio de ella, tenía primero que pedir consejo al confesor y entonces escribir al Vicario de Cristo, presentándose a sí misma como Religiosa y como Mensajera del Señor para dar avisos a sus sacerdotes. Le advertía además que con eso no se lograba dar al Papa una idea exacta de las fundaciones esbozadas y que era preciso reunir los escritos relativos a ellas, depurándolos de toda relación personal y de toda idea de revelación particular. Entonces el P. Eustasio remitió al Santo Padre la carta de M. Soledad, acompañándola de otra carta personal. Y como el P. Eustasio tenía todos los escritos referentes a las fundaciones, él mismo hubo de imponerse la tarea de corregir los escritos, haciéndolos después examinar por un buen teólogo. Entonces se los remitió a M. Soledad para que ella diese su conformidad de ser eso lo que el Señor quería. Así el P. Eustasio pudo remitir al Santo Padre los escritos con carta del 25 de marzo de 1933.

Siendo General, recibió cartas de otra alma desolada, Sor Luisa de Jesús, agustina de Jerez de la Frontera, que quería ser Misionera, y le remitía con sus peticiones la aprobación de los Confesores y Superiores, incluso del Cardenal Arzobispo de Sevilla, de quien dependía el monasterio. El P. Eustasio pidió informes a la Superiora del monasterio y al recibirlos buenos, puso a Sor Luisa al

corriente de la fundación de las «Hijas del Salvador» del Perú. Cuando el P. Fuhl permitió al P. Eustasio un viaje al Perú, pudo llevar consigo a Sor Luisa. Como era Hermana de obediencia, solicitó para ella la gracia, recomendada por el Sr. Nuncio del Perú y por el Sr. Arzobispo de Lima, de que se le redujese el noviciado a un mes y que pudiera ser corista, gracia que le fue concedida. Pronto la nombró Procuradora General y Maestra de Novicias. De ese modo preparó el Señor un testigo de excepción para los últimos años del P. Eustasio, cuando la incomprensión arreciaba y el pobre Padre subía penosamente la falda de su Calvario. Sor Luisa no se entendía bien con las religiosas peruanas, aunque sí con algunas; pero su misma independencia le permitió ver muchas cosas desde un punto de vista peculiar.